

INNERARITY, D. (2018): *POLÍTICA PARA PERPLEJOS*. BARCELONA. 192 PÁGS.: GALAXIA GUTENBERG

Prof. Dr. Eguzki Urteaga¹

Universidad del País Vasco, España

Daniel Innerarity ha publicado su obra titulada *Política para perplejos* en la editorial Galaxia Gutenberg. Conviene recordar que el autor es catedrático de filosofía política y social e investigador senior en Ikerbasque de la Universidad del País Vasco y director del Instituto de Gobernanza Democrática. Doctor en Filosofía, completó su formación en Alemania, Suiza e Italia. Asimismo, ha sido profesor invitado en varias universidades europeas y norteamericanas, tales como la Universidad de La Sorbona, la London School of Economics, el Robert Schuman Centre for Advanced Studies del Instituto Europeo de Florencia y, más recientemente, la Universidad de Georgetown.

Este pensador contemporáneo ha recibido varios premios, entre los cuales figuran el Premio de Humanidades, Artes, Cultura y Ciencias Sociales Eusko Ikaskuntza-Caja Laboral, el Premio Nacional de Ensayo y el Premio Príncipe de Viana de la Cultura. Su reflexión gira en torno al gobierno de las sociedades contemporáneas y la elaboración de una teoría de la democracia compleja. Entre sus últimos libros hallamos *La política en tiempos de indignación* (2015) y *La democracia en Europa* (2017).

En la introducción de la presente obra, Innerarity considera que “estamos en una época de incertidumbre”, contrariamente al pasado caracterizado por “la estabilidad de sus condiciones vitales”, lo que permitía a las personas “pensar que el porvenir no les iba a deparar demasiadas sorpresas” (p.9). No en vano, “el actual [panorama] político se ha llenado de una decepción generalizada [y], cuando el malestar se vuelve difuso, produce perplejidad” (p.9). Esta perplejidad proviene del hecho de “no saber cómo identificar ese malestar, a quién hacerle culpable de ello y a quién confiar el cambio de dicha situación” (p.9). A menudo, la incertidumbre actual “se compensa con unas supuestas evidencias que se vuelven toscas e incluso amenazantes” (p.10).

Tanto el pueblo, los expertos como la identidad ilustran ese fenómeno (p.10). De hecho, “cada vez resulta más complejo identificar lo que el pueblo realmente opina, se cuestiona más la autoridad de los expertos y tenemos una identidad (...) menos rotunda [y asentada]” (p.10). A pesar de ello, se multiplican “las apelaciones a zanjar nuestros debates por algún procedimiento que deje fuera de

¹ Departamento de Sociología y Trabajo Social. Facultad de Relaciones Laborales y Trabajo Social. E-mail: eguzki.urteaga@ehu.eus



duda cual es la voluntad popular, los expertos imponen sus recetas económicas con una determinación que parece desconocer sus recientes fracasos y se restablece la divisoria entre nosotros y ellos” (p.10). En ese contexto, “el objetivo de la política es conseguir que la voluntad popular sea la última palabra, pero no la única; que el juicio de los expertos se tenga en cuenta, pero que no nos sometamos a él; que las naciones reconozcan su pluralidad interior y se abran a redefinir y negociar las condiciones de pertenencia” (p.10).

Con el presente libro, el autor prolonga las reflexiones llevadas a cabo en su obra titulada *La política en tiempos de indignación* (2015). Observa, a ese propósito, que ciertos acontecimientos nos han conducido de la indignación a la perplejidad (p.11).

- En la primera parte del libro, Innerarity toma nota “de una serie de asuntos que [han] acabado con nuestras certezas, como la irrupción de acontecimientos políticos imprevistos” (p.11). En un horizonte de inseguridad, se ha debilitado la voluntad, “sustituida por dos posibilidades (...): el imperativo de adaptarse a lo que hay o la apelación a oponerse en cualquier caso” (p.11).
- En la segunda parte, el autor analiza “la dimensión sentimental del asunto” (p.11), ya que el desconcierto afecta también a las emociones. De hecho, “nuestros sentimientos flotan sin ningún anclaje institucional, dando lugar a sociedades exasperadas, ansiosas e irritables” (p.12).
- La tercera parte tiene como objetivo “analizar hasta qué punto continúan siendo válidas algunas de las categorías que, por su forma binaria (...), han tenido hasta ahora una función clarificadora” (p.12).
- La cuarta parte aborda la victoria improbable de Donald Trump en las elecciones presidenciales norteamericanas de 2016. Innerarity considera que “determinadas transformaciones políticas, del sistema económico y de la cultura pueden ayudarnos a entender por qué terminó ocurriendo lo que parecía imposible que sucediera” (p.12).
- La quinta parte se centra en “lo que debería ser el diseño de sistemas inteligentes” para aprender “a gestionar nuestra ignorancia” (p.13).
- La sexta y última parte permite al filósofo navarro “decir algunas cosas acerca de lo que nos espera, del futuro y del modo como hemos de relacionarnos con él” (p.13).

Antes de adentrarnos en el desarrollo del libro, conviene precisar que esta obra ha sido escrita por Innerarity durante su estancia como profesor invitado en la Universidad de Georgetown, donde ha disfrutado de la Cátedra Davis de Estudios Interculturales. Parte de lo que ha escrito es fruto de la discusión mantenida a cabo con sus compañeros y estudiantes de la asignatura “Problemas de la democracia contemporánea” (p.13).

En la primera parte del libro, titulada “El final de las certezas”, Innerarity constata lo siguiente: “que nos han abandonado algunas certezas es algo que puede comprobarse comparando nuestras previsiones y lo que ha realmente sucedido” (p.15). El principal riesgo de la perplejidad consiste en “ajustarse a lo políticamente

correcto (...). También hay desconcierto en relación con qué debemos hacer con (...) lo que estamos seguros” (p.15).

Profundizando sus análisis, observa que “cada vez tenemos más la sensación de que, en política, cualquier cosa puede suceder” (p.17). Esto pone de manifiesto que “no tenemos ningún control sobre el mundo, ni en términos de anticipación teórica ni en lo que se refiere a su configuración práctica” (p.17). Tanto el Brexit como la elección de Donald Trump no fueron previstos (p.17). De hecho, hoy en día, el cambio se produce “por un encadenamiento (...) de factores en principio desconectados” (p.18). Actualmente, “nadie sabe con seguridad cómo funciona [la] relación entre ciudadanos y políticos que se ha convertido en la auténtica caja negra de la democracia. Reina en todas partes una [mezcla] de azar y arbitrariedad” (p.18).

Según el filósofo navarro, esta incertidumbre representa un desafío evidente para las ciencias sociales y humanas “que se ocupan de la interpretación de los asuntos políticos. En primer lugar, se requiere una reflexión acerca de la metodología de las encuestas. (...) La capacidad predictiva de las encuestas exige valorar mejor las actitudes y [los comportamientos] de los votantes” (p.18). En segundo lugar, deberíamos tomar en consideración y no infravalorar “la fortaleza de lo que aborrecemos” (p.19). En tercer lugar, “necesitamos nuevos conceptos para entender lo que está pasando, [ya que] estamos utilizando términos huecos” (p.19).

El hecho de que vivamos en tiempos de incertidumbre también tiene que ver con la voluntad que “se manifiesta en dos actitudes aparentemente contradictorias, pero que tienen en común la misma perplejidad”: la renuncia y el voluntarismo (p.21). “En ambos casos, encontramos la misma renuncia a gobernar y regular tras haber ponderado lo que es posible y lo que es inevitable” (p.21). Mientras que unos se resignan y se acomodan a la situación, otros “se entregan a una indignación improductiva. (...) La aceptación, sin ningún examen crítico, de todas las condiciones que la realidad parece imponernos se corresponde con la exaltación de la crítica sin ningún análisis de las condiciones en las cuales ha de desplegarse esa voluntad transformadora” (pp.21-22).

Lo primero es distintivo de la derecha, “que está obsesionada por la estabilidad y se despreocupa de la sostenibilidad. (...) Aboga a un simple movimiento de adaptación constante cuyo motor [es] una supuesta objetividad del mundo que se nos presenta como una realidad incuestionable” (p.22). La versión de izquierdas de esta visión de la voluntad política es “el desconocimiento de los límites de la acción política” (p.23). Pero, más allá de sus diferencias respectivas, tanto la derecha como la izquierda coinciden en la “inevitabilidad de los procesos sociales” (p.23). Fundamentalmente, “hay dos formas de protesta contra la complejidad del mundo actual. Una es la concentración conservadora en la autenticidad de lo propio y su protección cultural combinado con un compromiso de no intervenir en los



procesos sociales despojando a los bienes públicos de su relación con la estatalidad y el Derecho. Otra es la concepción de la regulación como control sobre la base del prejuicio de que ‘querer es poder’” (p.24).

En ese sentido, Innerarity estima que “la realidad ha sido siempre algo más bien de derechas: traer a colación un hecho parece implicar que no se admiten interpretaciones y recordar los límites de lo posible. Quien se refiere a algo como [a] un hecho con frecuencia quiere que se interrumpa un debate y, todavía peor, [desea] limitar nuestras aspiraciones” (p.25). Así, mientras que “las derechas defienden los hechos y su vocabulario correspondiente, (...) las izquierdas están por las alternativas e incluso por la utopía, y de ahí que suelen hablar de imaginación y crítica” (p.25). No en vano, hoy en día, podemos constatar que “algunos conservadores son los que menos aprecio tienen hacia la realidad y mienten con mayor descaro” (p.25), de lo que Donald Trump es el mejor ejemplo (p.26).

De manera general, la cultura política que estamos configurando se caracteriza por una falta de aprecio hacia los hechos, lo que implica, en parte, “la creciente polarización de la vida política. El combate político se desarrolla sin que la realidad esté de por medio y gira en torno a ficciones útiles” (p.26). Así, “los populistas prefieren la construcción de metáforas movilizadoras. De ahí la proliferación de los relatos e incluso de las teorías conspirativas” (p.26). Todo ello está relacionado con “la creciente espectacularización de la política” (p.26). Asimismo, ese alejamiento de la realidad es propiciado por el auge de las redes sociales, “que facilitan la difusión de todo tipo de opiniones, y configuran un amplísimo muestrario de afirmaciones, sin ningún tipo de jerarquización ni criterio” (p.27).

Todo esto nos obliga a replantear el lugar de los expertos en una democracia y el valor concedido a la objetividad. De hecho, “el papel de los expertos en nuestros procesos de decisión (...) será cada vez más relevante en relación con la complejidad de los problemas colectivos a los que nos enfrentamos” (p.27). De la misma forma, “la objetividad ya no puede equivaler a incuestionabilidad (...) pero puede ser un árbitro imparcial que modere nuestros juicios políticos” (p.27).

A su vez, “la crisis de los grandes relatos dificulta comprender lo que pasa insertándolo en un esquema general que le confiere sentido y ha provocado el sentimiento de una pérdida de control sobre el mundo” (p.28). El lugar de las construcciones ideológicas está actualmente parcialmente ocupado “por pequeñas historias de conspiraciones que se multiplican para explicar lo que de otro modo no comprenderíamos. Cuando los hechos son débiles, las fabulaciones resultan irresistibles” (p.28). Buena parte de su éxito resulta del “aumento de situaciones que generan ansiedad, como el terrorismo internacional, las catástrofes ecológicas, la disolución del vínculo social, la inseguridad creciente del mercado de trabajo o la pérdida de confianza en las autoridades” (p.28). Estas implicaciones “sirven para

dar sentido a las cosas tan disparatadas y desconcertantes que suceden en un mundo caótico e inestable, en el que todo parece posible, incluso lo peor. De este modo, se satisface nuestra necesidad de estructuras y modelos de inteligibilidad” (p.28). Esto explica “el crédito del que gozan las historias que explican demasiado, como las conspiraciones urdidas por un sujeto omnisciente. De ahí también la obsesión por la transparencia en una cultura que (...) gira en torno a lo visual” (pp.28-29).

En general, estos relatos “oponen un pueblo sano y armónico a un enemigo exterior, ya se trate de los inmigrantes, [del] Islam [o de] las élites” (p.29). Para los conspirativistas, “la sociedad se encuentra en un estado de inocencia y sin conflictos”, de modo que “el desorden solo se [explique] por la intromisión de fuerzas externas encarnadas por los conspiradores” (p.29). La buena acogida de las teorías de la conspiración resulta de la función básica que asume, es decir “de proporcionar un esquema [explicativo] fácil, global y, sobre todo, intencional de una realidad política cada más vez compleja” (p.30). En efecto, “conectar con el desasosiego y la impotencia de un individuo enfrentado a una realidad política que no comprende ni controla, constituye un alivio [momentáneo] de ese malestar” (p.30).

En ese sentido, “las teorías del complot eliminan todo azar de la historia y del funcionamiento de las sociedades, reduciendo la complejidad molesta a (...) encadenamientos simples” (p.30). El que acepta una explicación de semejante naturaleza recupera ilusoriamente “una cierta soberanía cognitiva sobre la realidad al disponer de un relato que la vuelve inteligible” (p.30). No obstante, esta soberanía es transitoria. Más allá, ese tipo de explicaciones limita “el poder de intervenir sobre la realidad porque la denuncia de enemigos demasiado poderosos extiende también el desánimo y nos sitúa en un horizonte de fatalidad” (pp.30-31).

A su vez, nos dice el autor, “la actual fascinación por las redes sociales, la participación o la proximidad pone de manifiesto que la única utopía que sigue viva es la de la desintermediación. [Parece ser que] no hay nada peor que un intermediario” (p.32). Una lógica profunda une “el desinterés hacia el periodismo (...), la preferencia por los mercados escasamente regulados (...) y el desprecio hacia la política. En estos tres casos, (...) late la idea de que el mundo (...) está inmediatamente a nuestro alcance y que los procedimientos e instituciones para la configuración de estos valores son los culpables de su desfiguración” (p.32). En ese sentido, “la lógica del *click*, el voto o la opinión espontánea harían innecesario cualquier instrumento para elaborar las opiniones y las decisiones” (pp.32-33). En esta óptica, periódicos, partidos, sindicatos y parlamentos parecen prescindibles (p.33).

Si estamos en una época de creciente incertidumbre, nos dice Innerarity, es porque “carecemos de instrumentos que organicen los debates, ponderen los juicios y ofrezcan una visión coherente de la realidad” (p.33). Esto significa que las sociedades avanzadas necesitan “comunidades de intérpretes capaces de [dar a



las informaciones un contexto, un sentido, y, situar en perspectiva los datos, exige mediadores que dispongan de tiempo y de competencia” (p.33).

Además, hoy en día, “todos nos hemos convertido, en mayor o menor medida, en observadores y vigilantes del poder. Esta capacidad de ejercer como intrusos en espacios que eran opacos ha alterado radicalmente las hegemonías habituales. (...) A partir del momento en que se ve todo, las sociedades adquieren un poder del que apenas disponían con anterioridad” (p.34). Los mecanismos de poder anteriores “no funcionan en una sociedad en la que los ciudadanos viven en el mismo entorno informativo que aquellos que los gobiernan” (p.35). En ese sentido, “el mundo se ha convertido en un lugar públicamente vigilado. Las dinámicas contestatarias han supuesto una entrada de las sociedades en el debate político internacional. El espacio público global ha configurado estancias que se expresan e interpelan” (p.35).

Como lo indica el autor, vivimos en un mundo que rechaza el secreto. “Se ha configurado un espacio público en el seno del cual todos somos testigos de genocidios, vulneraciones de la legalidad, opresiones de todo tipo, abusos y desigualdades. [Se] reducen sensiblemente las distancias entre testigos y actores, entre responsables y espectadores, entre uno mismo y los demás” (p.36). Simultáneamente, “en una sociedad donde todos se ven, donde todos se comparan, de tecnologías abiertas y de fácil empleo, en el mundo de las redes, las fronteras pierden su capacidad de delimitación y reserva” (p.36). A ese respecto, “el espacio abierto de Internet, gracias al cual vigilamos y reprimimos a quienes gobiernan, es el mismo en el que se realizan los linchamientos digitales, las noticias falsas y los ciberataques” (p.36).

El problema es que “no tenemos conceptos apropiados para entender las nuevas realidades, los análisis que realizamos suelen ser deficientes y parecemos incapaces de predecir el futuro” (p.38). De hecho, “la sociedad es más difícil de conocer debido a su inestabilidad y aceleración. (...) La sociedad encaja cada vez menos en las categorías a través de las cuales se la mide y se actúa sobre ella” (p.38). La individualización de los modos de vida ha contribuido a “aumentar la volatilidad de las opiniones, la pluralización de los intereses y la diversificación del consumo” (p.38).

La crisis de la representación “tiene mucho que ver con el debilitamiento de los procedimientos estadísticos y los modelos predictivos que harían inteligible el comportamiento social” (pp.38-39). Por lo cual, la desconfianza de los ciudadanos hacia los políticos “obedece al rechazo a ser engullido en clasificaciones previamente definidas” (p.39). Esto es igualmente la consecuencia “de la individualización que acompaña el uso del mundo digital” (p.39). Además, hoy en día, la palabra delegada aparece, cada vez más, “como abstracta y arbitraria, incapaz de representar la diversidad de las experiencias individuales” (p.39).

De forma análoga, con el *big data*, “la sociedad no se observa desde categorías en las que encajarían los individuos, sino a partir de las huellas que realmente dejan y que los singularizan” (p.40). Para justificar el desarrollo de estos instrumentos predictivos, “los promotores del *big data* [descalifican] la capacidad de los juicios humanos como el origen de muchos errores, demasiado optimistas, ideologizados, sometidos a las emociones” (p.40). En realidad, “la revolución de los datos no (...) garantiza la objetividad. Estamos ante una revolución que consagra las correlaciones sin causas y los datos sin teoría” (p.41). A su vez, “los algoritmos que se dicen predictivos son muy conservadores” (p.42).

Para el filósofo navarro, “cuando no entendemos la sociedad, la medimos, [ya que] casi todo se puede cuantificar. (...) Estamos configurando una sociedad de puntuaciones, *rankings*, calificaciones, impactos, indicadores, *likes*, estrellas, tasas, etc.” (p.95). De hecho, la sociometría es “una manera de compensar nuestra dificultad a la hora de interpretar la sociedad en la que vivimos. (...) Las clasificaciones numéricas ofrecen la ventaja de que son fácilmente comprensibles y aceptadas sin mayor cuestionamiento. Tiene el encanto de la simplicidad” (p.95). En efecto, “las mediciones alivian el desconcierto que produce la creciente incertidumbre social y permiten poner orden en la sobrecarga informativa a la que nos vemos sometidos” (p.45). Como lo subraya el autor, “la medición de lo social permite traducir un mundo complejo en el lenguaje estandarizado de los números, en el que domina un orden claro y, en principio, no discutible. (...) Los números transmiten precisión, claridad, simplificación, imparcialidad, variabilidad y neutralidad” (pp.45-46).

En realidad, “los parámetros cuantitativos son siempre reduccionistas. De entrada, porque la medición se refiere fundamentalmente a la parte cuantitativa de las cosas. [Además], la cuantificación hace que destaquen determinados aspectos [y se descuiden] otros” (p.46). La lógica de la medición tiene también aspectos secundarios indeseados, ya que “la mentalidad cuantitativa nos sitúa inmediatamente en términos de competitividad” (p.46). A su vez, “los números no son solo matemáticas; también hacen política” (p.47). De hecho, las estadísticas “son construcciones selectivas que, en parte, producen esa realidad. El mundo de los números institucionalizados prescribe a los autores cómo han de ver la realidad y de acuerdo con qué principios deben actuar” (p.47). Además, es preciso no olvidar que “los números llevan consigo determinados conceptos políticos, prescripciones normativas e intereses económicos” (p.48). En ese sentido, las clasificaciones son el resultado de “un cierto combate social en torno [a la] autoridad algorítmica” (p.48).

En la segunda parte, titulada “La desregulación emocional”, Innerarity constata que “las guerras, la economía [y] la sociedad son cada vez más asuntos primordialmente emocionales, espacios sentimentales donde se despliega la ansiedad,



la ira o la confianza. Estos estados [ánimicos son] fuentes de conflicto y vectores de construcción social” (p.51). El gobierno de las emociones colectivas contiene “una fuerza que es clave para la transformación de las sociedades democráticas” (p.51). En ese sentido, subraya el autor, “el combate contra la perplejidad política ha de empezar con un examen de nuestro [panorama] afectivo. El desconcierto político tiene más que ver con la incapacidad de reconocer y gestionar nuestras pasiones” que con el conocimiento (p.51).

Según el filósofo navarro, “vivimos en sociedades exasperadas” (p.53). De hecho, “se multiplican los movimientos de rechazo, rabia o miedo” (p.53). Esto se produce como consecuencia de “los cambios parciales que hemos sufrido y [de] nuestra incapacidad tanto de entenderlos como de gobernarlos” (p.53). En cualquier caso, “abordamos estos cambios con irritación. (...) Este malestar se traduce en fenómenos tan heterogéneos como el movimiento de los indignados o el ascenso de la extrema derecha en tantos países de Europa” (p.53). En la competición política, ganan los que aciertan a representar mejor estos malestares (p.53).

Lo evidente es que “la extensión de tal estado emocional no sería posible sin los medios de comunicación y las redes sociales” (p.54). De hecho, “las redes sociales se encienden una y otra vez dando lugar a verdaderas burbujas emocionales” (p.54) y se concede una plusvalía a “quienes saben asegurar el espectáculo” (p.54). No obstante, si la indignación es necesaria al buen funcionamiento de una democracia, al rechazar lo inaceptable y al manifestar una exigencia de justicia, suele ir de la mano de una escasa reflexividad (p.56). A este propósito, “hay que distinguir, en todo momento, entre la indignación frente a la injusticia y las cóleras reactivas que [designan] a los culpables, mientras que fallan estrepitosamente cuando se trata de construir una responsabilidad colectiva” (p.56). El hecho de que “la indignación esté más interesada en denunciar que en construir es lo que le confiere una gran capacidad de impugnación y lo que explica sus límites a la hora de traducirse en iniciativas políticas” (p.57).

Ante el panorama actual marcado por el cabreo y la melancolía, hay “una implícita rendición de la pasividad”, dado que, “en el fondo, estamos convencidos de que ninguna iniciativa propiamente dicha es posible” (p.57). Según el autor, “tenemos una sociedad irritada y un sistema político agitado, cuya interacción apenas produce nada nuevo (...). La política se reduce, por un lado, a una práctica de gestión prudente sin entusiasmo, y, por otro [lado], a una expresividad brutal de las pasiones sin racionalidad” (p.57). En ese sentido, “cuando el lenguaje político se degrada y parece no tener otros recursos que la retórica de la gestión tecnocrática y la de los mensajes publicitarios, el lenguaje elemental de la cólera termina ganando la batalla” (p.58). Por lo tanto, el reto consiste en “traducir el lenguaje de la exasperación en política, es decir, convertir esa amalgama plural de irritaciones en

proyectos y transformaciones reales, dar cauce y coherencia a esas expresiones de rabia y configurar un espacio público de calidad donde todo ello se discuta, pondere y sinteticé” (p.58).

Además, “a medida que disminuye la capacidad de muchos instrumentos con los que tratamos de comprender la sociedad, aumenta el poder de los afectos y las emociones para explicar la conducta social” (p.59). A ese respecto, uno de los sentimientos, individuales y colectivos, que predomina en nuestras sociedades es la ansiedad (p.59). En efecto, el panorama actual produce “desconcierto, inseguridad y ansiedad, no tanto por los daños que ocasiona, sino por la dificultad de identificarlos y de protegerse ante ellos” (pp.59-60). Como lo subraya el autor, “hay ansiedad acerca del mundo, de su futuro y del futuro personal y colectivo asociados a él. Tenemos un paisaje colectivo en el que se contagian y realimentan los afectos caóticos” de una población ansiosa (p.60). Las personas ansiosas viven en “una condición de peligro flotante, incapaces de describir la fuente de su aflicción, y eso refuerza su malestar. (...) Tener miedo de algo inconcreto, enfrentarse a un futuro con un nivel de incertidumbre superior a lo que estamos en condiciones de soportar”, nos produce una inquietud intensa (p.60).

Hoy en día, “tenemos riesgos indeterminados y promesas de seguridad que actúan como placebos. En la sociedad de la ansiedad, se mantienen las viejas prácticas para proporcionar seguridad con una eficacia más limitada” (p.60). En ese sentido, “la prevención se ha convertido en una estrategia clave” (p.60); más aún sabiendo que “la ansiedad fija a los sujetos en el momento presente y desmonta los sueños e ilusiones por un futuro mejor” (p.61). El terrorismo y su gestión incrementan igualmente la ansiedad colectiva y conducen a una sospecha generalizada. Y, a su vez, “el incremento de la sospecha en las sociedades abiertas acentúa la lógica de la ansiedad” (p.61). Esa sospecha generalizada “borra la diferencia entre racionalidad y pánico, entre anticipación razonable y ansiedad fuera de control” (p.61).

Asimismo, las guerras actuales son peculiares, ya que se llevan a cabo, a menudo, “sin Estados, sin ejércitos, fuera de cualquier lógica territorial” (p.63). A su vez, “las guerras son un asunto cada vez más social”, ya que, actualmente, las guerras “se insertan en las sociedades y se dirigen más a los civiles que a los militares” (p.63). En otros términos, “la guerra de los pobres ha sustituido a la competición entre los poderosos” (p.63). Los conflictos “se alimentan de patologías sociales que trascienden el juego interestatal y que requieren, sobre todo, un tratamiento social. La guerra (...) se socializa cada vez más. No solamente porque implica a más civiles, sino porque sus causas están más en los dramas sociales que en las estrategias políticas de los dirigentes” (pp.63-64). En ese sentido, para Innerarity, los nuevos conflictos se explican por “la desintegración social, el contagio que caracteriza a un mundo interdependiente y el carácter global de la desigualdad” (p.64).



- En primer lugar, es obvio que lo esencial de estos conflictos se halla “en el recorrido que conduce desde los sufrimientos sociales [hasta] una violencia globalizada” (p.64). Por lo cual, “la paz mundial está amenazada por la falta de integración social internacional. (...) El problema es que (...) el sufrimiento se internacionaliza a más velocidad que nuestra capacidad de integrar a ese mundo institucionalmente” (p.64).
- En segundo lugar, “un mundo interdependiente significa que es contagioso y está desprotegido. Los problemas se expanden y nos afectan a todos” (p.65).
- En tercer lugar, la desigualdad ha adquirido una magnitud global. “La brutalidad de los contrastes sociales se ha convertido en un generador de desplazamientos masivos. Un mundo a la vez unificado y extremadamente desigual es fuente de inestabilidad e inseguridad” (p.65).

Por lo tanto, gobernar esta globalización del sufrimiento supone “llevar a cabo una política social de la globalización” que implica “regulación, solidaridad y cooperación” (p.65).

De la misma forma, “la crisis económica ha puesto de manifiesto la singular transformación emocional del capitalismo contemporáneo. Se ha modificado la función que el liberalismo asignó a las pasiones y los intereses” (p.67). Hoy en día, en los mercados financieros, “la codicia cada vez es menos capaz de ejercer [la] función de utilidad que le adjudicaba el liberalismo clásico y que ha disparado las expectativas” (p.68). De hecho, “los mercados financieros han permitido estimular continuamente las expectativas de mayores ganancias y más arriesgadas. Cuanto mayor es la disposición al riesgo, mayores son las ganancias posibles y menor [es] el sentido de responsabilidad” (p.68). Actualmente, “el negocio principal de los bancos consiste en especular en los mercados financieros”, aprovechando los momentos de incertidumbre (p.68).

Las dimensiones temporales de los mercados financieros contribuyen “a las turbulencias emocionales que [resultan] de la rápida secuencia de expectativa y decepción, euforia y depresión, codicia y miedo” (p.69). Los ritmos de estos mercados, “de una cadencia extremadamente corta, suponen una desconfianza generalizada en la capacidad de controlar el futuro, una explotación excesiva del presente, una economización de las más pequeñas unidades de tiempo” (p.69). En ese sentido, “el riesgo de las pasiones dañinas se pone de manifiesto en esta colectiva huida hacia adelante” (p.69). De hecho, tanto en los mercados financieros como en los bancos, “se han instalado unos procedimientos que actúan de manera exactamente contraria a la neutralización de las pasiones dañinas pretendida por el liberalismo clásico” (p.70).

Por último, como lo subraya el autor, hoy en día, “la sociedad se horizontaliza y aceptamos con dificultad relaciones que consagren una jerarquía injustificada, pero también hay más expertos que nunca y dependemos de ellos más de lo que solemos

suponer” (p.72). De hecho, “todos nos consideramos igualmente competentes (...), pero nunca hubo tanta necesidad de *coaching*, asesoramiento, consultoría o libros de autoayuda” (p.72). En efecto, “depender de los expertos amplía nuestras posibilidades, pero nos resulta especialmente incómodo en un momento en el que las mediaciones parecen más prescindibles que nunca” (p.72). Esto lleva Innerarity a realizar tres constataciones: “la complejidad de las realidades en las que vivimos hace inevitable el recurso a los expertos; (...) los expertos nos decepcionan continuamente; y, (...) pese a todo, (...) vamos a seguir necesiéndolos” (p.73).

- En primer lugar, “los expertos son inevitables. [Sin ellos], sucumbiríamos ante la complejidad epistémica del mundo. (...) Se ha configurado todo un mercado de científicos, técnicos y expertos gracias al cual nos podemos informar acerca de lo que debe hacerse en un momento determinado. Consultar a los expertos es un modo de disminuir el riesgo de las malas decisiones” (p.73).
- En segundo lugar, “también es cierto que los expertos nos decepcionan con frecuencia y que debemos administrar con prudencia nuestra confianza en ellos. (...) La confianza en los expertos solo puede ser limitada si tenemos en cuenta la falta de unidad de sus juicios y pronósticos” (pp.73-74).
- En tercer lugar, “pese a esta decepción y pese a nuestra mayor capacitación, vamos a seguir necesitando a los expertos. [Pero], nadie nos va a exonerar de la dificultad de administrar con prudencia la confianza y la sospecha” (p.74).

En la tercera parte, titulada “La política en una zona de señalización escasa”, Innerarity observa que hemos entrado en una época en la cual es difícil determinar “en qué consiste la legitimidad, si algo es democrático, quién tiene la autoridad de decidir qué o a quién imputar determinadas responsabilidades” (p.77). Esto significa que “la política ha entrado desde hace algún tiempo en una zona de señalización insuficiente. [Y] las señales binarias confunden más de lo que orientan, donde antes había una evidencia ahora tenemos una paradoja, aumentan las zonas sin cartografía, proliferan las cosas que no son lo que parecen, todo se llena de efectos secundarios” (pp.77-78).

Así, “el primer desafío que el terrorismo nos plantea tiene que ver con cómo hemos de pensarlo” (p.83). De hecho, “el terrorismo yihadista (...) escapa a cualquier regulación jurídica, sabotea todas las distinciones y convierte la enemista en algo absoluto” (p.83). Ese terrorismo “destruye, no solo la distinción entre civil y militar, sino también la distinción entre victoria y derrota, e incluso, entre vencedor y perdedor” (p.83). A su vez, ha difuminado las distinciones entre barbarie y civilización, “entre soldados y no combatientes, entre soldados y policías, por una parte, y criminales, por otra [parte]” (p.83). La pérdida de distinción que produce más perplejidad “es la que diferenciaba la paz y la guerra, a la que sigue ahora una situación general de amenaza indiferenciada” (p.83). Así, con los atentados del 11



de septiembre de 2001, “comenzó una nueva era del terrorismo, que también exige ser pensada (...) de otra manera” (p.84). En efecto, “la guerra difusa ha disuelto completamente el principio de frontalidad” (p.84).

De la misma forma, atribuir la responsabilidad de las crisis y de los conflictos al otro “no explica nada pero alivia mucho; sirve para confirmar a los nuestros frente a los [demás], esquematiza las tensiones entre lo global y lo local, opone cómodamente los Estados a los mercados, divide el mundo entre héroes y villanos, proporciona un código elemental para las relaciones entre la izquierda y la derecha” (p.86). Como lo subraya el autor, “se trata de operaciones que reconfortan mucho y ofrecen una simplificación muy aliviadora cuando el mundo se nos ha vuelto difícilmente comprensible a causa de su creciente complejidad” (p.86). En el caso de la crisis europea, “estamos ante el típico caso de responsabilidad recursiva, en el que todos los reproches tienen algo de razón, pero ninguno de ellos tiene toda la razón” (p.87). El problema es que, “entre tanta acusación cruzada, unos y otros encuentran muchas disculpas para dejar de interrogarse acerca de su propia ineptitud, los riesgos que generan con sus decisiones o su responsabilidad hacia lo común” (p.87).

De hecho, “cuando todo el campo lo ocupan las explicaciones que culpabilizan a otros, no queda espacio para la interrogación acerca de las responsabilidades propias” (p.87). Innerarity estima que “no saldremos de estos atascos mientras no consigamos insertar reflexivamente nuestras decisiones en el conjunto en el que se adoptan y sobre el que influyen” (p.87). En ese sentido, “lo que más impide que las sociedades plurales decidan libremente su destino, no es tanto un impedimento exterior (...) como la propia falta de acuerdo en su seno” (p.88). En efecto, “la pregunta por la propia responsabilidad suele omitirse cuando uno se encuentra en medio de sistemas cuya complicación consiste en que no hay relaciones causa-efecto claras e indiscutibles, ni decisiones sin efectos secundarios o laterales” (p.88).

A su vez, “los conflictos se vuelven irresolubles cuando caen en manos de quienes los definen de manera tosca y simplificadora” (p.89). Esto implica que “los términos del problema son, o no, el comienzo de la solución” (p.90). En lo que se refiere al problema territorial del estado español, el autor considera inevitable aceptar un punto de partida: “lo de las naciones es un verdadero dilema y no tiene una solución [ideológica], sino pragmática, es decir una síntesis pactada para favorecer la convivencia, porque la alternativa es la imposición de unos sobre otros [y] el conflicto abierto en sus diversas formas” (p.90). El nudo gordiano, nos dice el autor, es que “no hay nación sin (...) marco de referencia o sujeto de la soberanía” (p.90). Y, a la hora de determinar el sujeto político, “no hay otra solución que pensar el ‘demos’ como una realidad reflexiva, discutible, revisable y abierta” (p.91).

De ese modo, “al insistir en el acuerdo frente a la victoria, modificamos radicalmente el campo de batalla. Porque entonces el eje de la confrontación ya no es el de unos nacionalistas contra otros, sino el de quienes quieren soluciones pactadas frente a quienes prefieren la imposición” (p.91). Desde esta perspectiva, las partes involucradas están preocupadas “por cómo hacer posible la convivencia entre quienes tampoco quieren renunciar a las diferencias que los constituyen” (p.92). De hecho, “cuando en un mismo espacio conviven sentimientos de identificación nacional diferentes, el problema que tenemos no es el de quién se alzará finalmente con la mayoría, sino cómo garantizar la convivencia” (p.92). Para el filósofo navarro, la soberanía puede ser compartida. En efecto, “el verdadero titular de la soberanía es la [ciudadanía] y la legalidad sin legitimidad tiene siempre un escaso recorrido” (p.93). Para ello es necesario realizar ejercicios de reciprocidad. “La reciprocidad elemental se formula en aquel principio de ‘no querer para otro lo que no quieres para ti’” (p.94). Esto implica que, a su entender, la misión de los responsables políticos es “leer correctamente [la] voluntad [popular] y traducirla en un acuerdo que pueda ser lo más ampliamente apoyado por la ciudadanía” (p.95).

Como lo indica el autor, “en tiempos de incertidumbre, establecer alguna distinción nítida ofrece más ventajas psicológicas que políticas” (p.97). De hecho, la función de antagonismo consolador la ejercen contraposiciones de “la casta y la gente, el sistema y el pueblo, la trama y los inocentes, el *establishment* y la periferia, [los] perdedores y [los] ganadores de la crisis, [los] aparatos y [las] bases” (p.97). A ese propósito, algunos autores, entre los cuales se hallan Chantal Mouffe e Iñigo Errejón (2015), han introducido la distinción entre buenos y malos populismos, entre populismos de izquierdas y de derechas (p.97). “En ciertos países, como Portugal, España e Italia, habría un populismo democratizador y progresista, mientras que en otros, como Francia, Alemania o Países Bajos, el populismo se ha traducido en un movimiento reaccionario” (p.98).

En realidad, además de las similitudes programáticas entre estos populismos, ambos obedecen a la misma lógica política: “comparten una descripción antagonista del espacio político; para ambos está muy claro quién es el pueblo y quién no lo es” (p.98). Así, Mouffe distingue “el populismo de radicalización democrática y el populismo autoritario” (p.98). Quienes utilizan esta distinción, nos dice Innerarity, “están continuamente tentados de confundir al adversario político con un enemigo del pueblo” (p.98). En cambio, el pluralismo desea mantener “la distinción categórica entre el desacuerdo político y la no pertenencia a la comunidad”, de modo que quién discrepa sigue formando parte de la comunidad (p.99).

Asimismo, los populismos se caracterizan por “su tendencia a ritualizar y [fomentar] la oposición; su preferencia por temas de agenda política en los que las diferencias son más llamativas frente a otros con menores desacuerdos; su



propensión a quedar embelesados por una cierta magia de las palabras que suele ir unida a una masiva confianza en el poder de la escenificación; su predilección por la rotundidad frente a los matices” (p.100). Teniendo en cuenta esta simplicidad conceptual y, sobre todo, la desconfianza que produce en su seno y fuera de él, “no es extraño que tengan también dificultades para (...) pactar con otros” (p.100).

Además, “los conversadores ignoran con demasiada facilidad las asimetrías del poder constituido y tienen demasiado miedo a las posibilidades que abre todo proceso constituyente, cualquier interacción abierta [con el] pueblo, de ahí su escaso entusiasmo ante las reformas constitucionales, los movimientos sociales, los plebiscitos o la participación [ciudadana] en general” (p.101). La izquierda populista, en cambio, “acostumbra a sobrevalorar esas posibilidades y a desentenderse de sus límites y riesgos” (p.101). En ese sentido, “el anti-populismo se ha convertido en el instrumento de legitimación de los conservadores, del mismo modo que los populistas se entienden a sí mismos como el verdadero antídoto del elitismo conservador” (p.102).

Como lo pone de manifiesto el filósofo navarro, “la sociedad democrática es un espacio abierto en el que se plantean muchos desafíos que pretenden al menos revisar si el modo en que se ha institucionalizado la política sigue teniendo sentido o ha generado algún tipo de desventaja injustificable” (pp.102-103). Así, los partidarios del orden establecido “aprovechan ese momento para argumentar que cualquier modificación debe llevarse a cabo a través de los cauces legales establecidos” (p.103). Pero, “la legalidad es un valor político cuando incluye procedimientos de reforma de resultado [incierto]” (p.103). Los populistas, por el contrario, “tienen una consideración demasiado negativa de la política institucional y una excesiva confianza en que de los momentos constituyentes no pueda salir nada malo” (p.103). A su vez, “el populismo tiene muy poca sensibilidad hacia las asimetrías que se producen en todo momento constituyente” (p.103).

De la misma forma, “en tiempos de incertidumbre, es muy poderosa la tentación de regresar [al] terreno conocido, aunque sepamos que ya no es posible” (p.105). Hay una nostalgia por recuperar “lo que ya no es recuperable: soberanía reconocida, autoridades indiscutidas, territorios delimitados, homogeneidad social e incluso enemigos identificados” (p.105). El Brexit es “uno de esos fenómenos en los que el miedo a lo desconocido se traduce en torpeza y pone en marcha una serie de operaciones políticas de dudosa coherencia” (p.105). En la era de la interdependencia, nos dice el autor, “se va construyendo una nueva topografía política con lógicas que es necesario entender y gestionar” (p.105).

Y prosigue: “la convocatoria de un referéndum y su resultado son una señal de hasta qué punto se había roto la confianza en los representantes en el Reino Unido” (p.107). En ese sentido, “un referéndum ofrece a los populistas la posibilidad de

que el pueblo confirme lo que ellos ya han identificado como la auténtica voluntad [popular]” (p.107). Además, “los referendos tienen el efecto de que (...) empoderan momentáneamente a las personas, pero las dejan dependientes del Gobierno, que es el que lleva a cabo el complejo trabajo de (...) transformar un simple ‘no’ (...) en un nuevo tejido de relaciones con la Unión Europea” (p.108). Para Innerarity, “el referéndum es un instrumento rígido, en la medida en que presenta una opción binaria, cuando en realidad hay un amplio espectro de posibilidades de abandonar la Unión Europea y relacionarse luego con ella” (p.108). En suma, “llevar a la práctica el Brexit requiere, no solo el mandato inicial, sino también el apoyo (...) explícito a los términos de la separación” (p.109).

A su vez, la interrogación sobre la localización del poder es legítima “cuando, en buena medida, el poder se ha desplazado de los Estados nacionales a los conglomerados anónimos que tienen una localización incierta, escapan a las obligaciones de control político y no han de dar cuenta ante ningún electorado” (p.110). Esta situación es problemática, dado que, “identificar a alguien como responsable, autor, competente o destinatario de nuestra protesta, no es solo un alivio psicológico, sino un requisito para ejercer nuestros derechos democráticos. Una consecuencia de esta confusión general es la dificultad de atribuir con justicia los éxitos y los fracasos a un agente político concreto” (p.110). La idea de un mundo interconectado implica, en principio, “un mundo de responsabilidad limitada, cuando no difusa y abiertamente irresponsable, sobre el que no puede establecerse ningún control y del que nadie se hace cargo” (p.110). Por lo cual, “la interconexión significa (...) equilibrio y contención mutua, pero alude también al contagio, los efectos de cascada y la amplificación de los desastres” (pp.110-111).

Asimismo, en las sociedades democráticas, “tenemos la impresión de que las personas oficialmente a cargo de las instituciones no son quienes tienen el poder real. Los Estados son, en buena medida, importantes y se ven condicionados por fuerzas que no están ligadas a los territorios (...) que parecen capaces de dictarles”, por ejemplo, el contenido de sus políticas económicas (p.111). En ese sentido, “el carácter disperso, extraoficial, distribuido, caótico y limitado del poder “tiene una lectura positiva al traducir una descentralización del mismo” (p.111). De hecho, “el poder en una democracia es provisional, limitado y vigilado” (p.111). Por lo cual, “el poder es un lugar de tránsito inestable que se ejerce, pero no se detenta, y que generalmente se realiza de manera acordada, limitada y compartida” (p.112).

La democracia es también “una forma de organización política de la sociedad en la cual el conflicto nunca se reabsorbe definitivamente en la unidad de una voluntad común” (p.113). No en vano, “que el poder esté disperso no significa que no haya instancias desde las que se ejerza más e injustamente [y] que esa distribución no sea en ocasiones desproporcionada; significa que, por lo general, esos lugares no son



estables, que nadie tiene todo el poder y que eso no nos impide criticarlo” (p.113). Simultáneamente, el poder en una sociedad avanzada es “de una complejidad y de una fragilidad extremas, sobre todo en razón de la multiplicidad de instancias que intervienen y de las necesidades que genera” (p.114). Por lo tanto, “ni unos dominan tanto ni otros están tan dominados, lo que en absoluto quiere decir que no haya dominación, sino que hemos de pensarla y combatirla de otra manera” (p.115).

De manera análoga, “la política continúa siendo una cosa de hombres” (p.117). De hecho, “se exige a las mujeres lo que suele darse por acreditado en los varones” (p.117). Además, “cuando la presencia de la mujer en la política no se justifica en términos de igualdad, sino de diferencia presenciada en el género, se consagra un rol femenino que juega unas veces a favor y otras [veces] en contra de las mujeres, pero que siempre termina perjudicándolas” (p.117). Esta ambivalencia fue manifiesta en la campaña de Ségolène Royal para las elecciones presidenciales francesas en 2007, ya que fue, a la vez, “beneficiaria y víctima del rol tradicional asignado a las mujeres” (p.117). En efecto, “lo que, en un principio, apareció como sinónimo de innovación y oportunidades, se fue transformando, en el imaginario colectivo cuidadosamente alimentado por sus rivales, en debilidad y falta de preparación” (p.117). Los adversarios de Royal transformaron su “fingida falta de profesionalidad en vacío político e incompetencia” (p.118). Cayó en la trampa que consiste en presentar a las mujeres como personas corrientes “para después excluirlas como inhábiles” (p.118).

En cuanto a las políticas de acción afirmativa, “se justifican por la mera demografía [y] la diferencia tiene sentido para promover el acceso [y] no para orientar la actividad política de las mujeres” (pp.119-120). A ese propósito, observa el autor, “cuando las mujeres hacen ‘políticas de mujeres’, desarrollando unos supuestos atributos de la feminidad (...) que son precisamente los que las han [condenado a] la privacidad, contribuyen involuntariamente a que se les expulse del espacio público” (pp.119-120). Por lo cual, “en vez de feminizar la política, lo más ventajoso, también para las mujeres, sería que se individualizara efectivamente [y] que se desmasculinizara” (p.120).

En lo que se refiere a las categorías políticas, Innerarity constata que nacen y mueren. “Tienen momentos de esplendor en los que desarrollan toda su fuerza explicativa, hacen comprender el mundo y facilitan nuestras elecciones. Pero también se gastan, pierden su capacidad de orientación, nos confunden más que clarifican e incluso pueden convertirse en verdaderas imposturas” (p.121). Esta contingencia sigue igualmente “la vida, la transformación e incluso la posible muerte de conceptos como los de derecha e izquierda” (p.121). Hoy en día, las nociones de minorías extractivas parecen ser más pertinentes para dar cuenta del antagonismo social que atraviesan nuestras sociedades (p.121). De hecho, “buena

parte de nuestro desconcierto ideológico se debe a que, a veces, la derecha utiliza un lenguaje progresista y la izquierda habla en clave conservadora” (p.121). En ese sentido, “los papeles se han invertido: la derecha se ha hecho utópica y la izquierda realista” (p.122).

El dilema actual, según el filósofo navarro, consiste en “cómo continuar la modernización” (p.122). Se trata de fomentar una modernidad reflexiva para “impulsar el desarrollo en sus diversas formas, (...) sin dejar de ponderar sus efectos negativos (...) e introducir las correcciones correspondientes” (p.122). En ese contexto, “la derecha estaría inclinada a subrayar el carácter inevitable de los procesos sociales y la izquierda tendería a hacer valer su dimensión configurable; la derecha preferiría la simplificación, la modernización sin más, mientras que la izquierda se inclinaría hacia la complejidad de una modernización reflexiva” (p.122). Por lo cual, “la reconfiguración de la izquierda y de la derecha en la modernidad reflexiva implica abandonar “la concepción lineal de la historia, el gran mito del progreso y del curso del tiempo que nos libera del lastre del pasado y nos conduce hacia un futuro emancipado” (p.123).

En la cuarta parte, titulada “La democracia en la era de Trump”, Innerarity constata lo siguiente: “que algo nos haya sorprendido no quiere decir que no pueda explicarse, que no responda a cambios sociales y políticos insuficientemente advertidos por quien se sorprende ante uno de sus efectos” (p.127). En ese sentido, la elección de Trump resulta de “tres procesos que son particularmente visibles en la sociedad [norteamericana], pero que tienen manifestaciones muy similares en otras sociedades: una política degradada que no se concibe como el ejercicio de las virtudes públicas y que da la impresión de ser el oficio de un círculo cerrado de privilegiados que se dedican al ejercicio de la intriga; un modelo de capitalismo virtual acelerado que ofrece muchas oportunidades a algunos, pero que destruye ámbitos completos de empleo y que resulta literalmente insufrible para muchos trabajadores; y, (...) un dualismo también en referencia al fenómeno multicultural, celebrado idílicamente por quienes no experimentan más que sus beneficios y temido en exceso por quienes lo viven en sus dimensiones más conflictivas” (p.127).

En efecto, en tiempos de fragmentación, “lo único transversal es el desconcierto, aunque a la derecha le suele durar menos. Por lo general, los consumidores se llevan mejor con la incertidumbre y no tienen demasiadas pretensiones de formular una teoría de la sociedad, mientras las cosas funcionan. La izquierda suele sufrir más con la falta de claridad y tarda mucho tiempo en comprender por qué, por ejemplo, los trabajadores votan a la extrema derecha” (p.129). Ese desconcierto tiene su origen en la fragmentación de nuestras sociedades, en la segregación urbana, la exclusión y el dualismo social. En Estados Unidos, en concreto, la sociedad está atravesada



por múltiples fracturas: “entre las ciudades de la costa y el interior del país, entre la población blanca y las minorías, [entre] la ética protestante del trabajo y una cultura de la abundancia y la diversión” (p.130).

Los medios de comunicación, antiguos y más recientes, “han acelerado esta fragmentación de las identidades culturales y políticas; especialmente las redes sociales permiten la creación de comunidades abstractas y homogéneas en unos enclaves de opinión donde se refleja la auto-segregación psíquica de las comunidades ideológicas” (p.130). Una de las consecuencias de esta ruptura es “la incapacidad de entenderse unos a otros, no solamente desde el punto de vista de compartir objetivos comunes, sino también desde [la perspectiva] meramente [cognitiva]” (p.130). De hecho, “no hay experiencias compartidas ni visión de conjunto; tan solo la comodidad privada, de una parte, y el sufrimiento invisible, de la otra” (p.130). Las múltiples convulsiones experimentadas por la sociedad norteamericana, “desde el Tea Party [hasta] Trump o, en el extremo contrario, los movimientos Occupy Wall Street y el éxito inesperado de Bernie Sanders son los síntomas de la desafección ante una modernidad forzada” (p.131).

La concepción de la democracia de Trump “conecta con ciertas valoraciones de fondo de una parte de la sociedad [norteamericana], por más que no represente una solución acertada a problemas de los que ha sido capaz de erigirse en portavoz” (p.132). Estos valores giran en torno a “la cultura cívica y populista del viejo jeffersonianismo, el capitalismo de propietarios frente a la globalización financiera, un cierto agotamiento del paradigma multicultural” (p.132). En ese sentido, las elecciones norteamericanas “han reactivado el mito del hombre corriente (...) de la tradición radical-plebeya (...), la relación inmediata con la naturaleza, el papel del trabajo, el rechazo de la abstracción y la burocracia, las intrigas políticas del poder federal, la aversión por la corrupción y los grupos organizados, una fe inquebrantable en los ideales [norteamericanos]” (p.135).

Otro elemento clave opone los partidarios de un capitalismo industrial clásico y los del nuevo capitalismo digital, “el de las grandes ciudades industriales del interior frente al capitalismo financiero o creativo de la Silicon Valley y Wall Street” (p.135). En ese sentido, “ha surgido en los últimos años una economía virtual e inmaterial, un capitalismo de accionistas y especuladores, sin verdaderos propietarios, que contrasta con la idea del primer capitalismo” (p.135). En semejante contexto, “buena parte de la ciudadanía ve las políticas de desregulación, globalización y deslocalización del empleo industrial, los desequilibrios territoriales y la economía de la innovación como una verdadera amenaza que parece no beneficiar más que a un pequeño grupo de diplomados de las mejores universidades” (p.135). Ese modelo económico refuerza “el poder de los dirigentes y del capital, mientras disminuye el valor del trabajo humano” (p.136).

En la quinta parte, que versa sobre la configuración de sistemas inteligentes, Innerarity observa que “la principal tarea del gobierno de la sociedad del conocimiento consiste en crear las condiciones de posibilidad de la inteligencia colectiva. Sistematizar la inteligencia [y] gobernar a través de sistemas inteligentes debería ser la prioridad de todos los niveles de gobierno, instituciones y organizaciones” (p.143). Para “gobernar entornos complejos, hacer frente a los riesgos, anticipar el futuro, gestionar la incertidumbre, garantizar la sostenibilidad o estructurar la responsabilidad” es necesario “pensar holísticamente y (...) configurar sistemas inteligentes” (pp.143-144).

Según el autor, “tenemos un problema con la política, un problema que no se arregla mejorando los instrumentos de los que disponemos, sino cambiando [la manera de enfocar el] problema” (p.145). De hecho, “estamos ante un proceso de transformación social que interpela a la política. (...) Estos procesos son los que están produciendo actualmente unas transformaciones insólitas en las formas institucionales, instrumentos y mecanismos de coordinación gracias a los cuales las sociedades actuales intentan resolver sus problemas colectivos y proveer los bienes colectivos” (pp.145-146). En ese sentido, la crisis de la política resulta de una serie de factores que es preciso distinguir: 1) “la política no hace bien aquello para lo que está prevista” (p.146); 2) “una falta de adecuación ante la presencia de nuevas formas, problemas inéditos, bienes comunes cuya gestión no [corresponde a] un nivel de decisión institucional adecuado o legitimado” (p.146); y, “las reformas y los cambios de formato resultan insuficientes” (p.146).

Estos cambios requieren un ejercicio de innovación política que exige “otra manera completamente distinta de pensar y actuar” (p.147), sabiendo que “la política no es administración, sino configuración, diseño de las condiciones de la acción humana, apertura de posibilidades”, de modo que tenga mucho que ver con “lo inédito y lo insólito” (p.148). Por lo tanto, “la gran cuestión a la que se enfrenta la política consiste en qué forma ha de adoptar para no ser socialmente irrelevante” (p.149).

En este contexto surge el concepto de gobernanza concebida como “una estrategia para recuperar esa forma configuradora y transformadora que la política parece estar perdiendo” (p.149). En efecto, “el concepto de gobernanza surge para referirse a nuevas realidades que no estaban bien cubiertas por otros términos tradicionales, al tiempo que contiene una expectativa de innovación de la política. (...) En el plano político, se refiere a las nuevas formas de gobernar dentro o más allá del Estado nacional” (p.149). Esta noción “alude a un cambio profundo en la acción social y las formas de gobierno de las sociedades contemporáneas, que deben resituarse en medio de un ámbito no exento de tensiones, configurado por el Estado, el mercado y la sociedad, y en un contexto marcado por la globalización y



la interdependencia” (p.150). El desafío principal consiste en “entender y gobernar procesos de comunicación y cooperación en el espacio entre actores cuyas acciones son interdependientes” (p.150).

La elaboración del concepto de gobernanza surge de la necesidad de ofrecer una alternativa “a la idea liberal-conservadora de un Estado mínimo, como una nación frente a la política administrativa managerializada” (p.151). De manera más amplia, los actuales conceptos de gobernanza, Estado activador, sociedad civil y capital social se [introducen como respuestas] a la descentralización neoliberal” (p.151). Además, “el cambio de paradigma desde el gobierno a la gobernanza representa una oportunidad para la acción política y para la expresión de las energías sociales, en un panorama que es más apropiado para el acuerdo [y] que favorece la horizontalidad frente a las relaciones verticales” (p.151).

A su vez, “la democracia está para que cualquiera pueda goberarnos, lo que implica que nuestro esfuerzo se dirija hacia los procedimientos y reglas a los que nuestros dirigentes tienen que atenerse, y no tanto al *casting* político” (p.154). Innerarity recomienda que “no diseñemos nuestras instituciones y sus eventuales reformas pensando en seleccionar a las mujeres y facilitar su acción de gobierno, sino en impedir que los malos hagan demasiado daño” (p.159). De hecho, “la democracia es un sistema diseñado más para impedir que para facilitar; un sistema que equilibra, limita y protege” (p.155). Efectivamente, “las sociedades están bien gobernadas cuando lo están por sistemas en los que se sintetiza una inteligencia colectiva (...) y no cuando tienen a la cabeza personas especialmente dotadas o ejemplares” (p.155). En otros términos, “una sociedad está bien gobernada cuando resiste al paso de malos gobernantes” (p.156).

Un ejemplo de configuración de nuestra inteligencia colectiva puede verse “en el modo cómo diseñamos nuestros artefactos tecnológicos” (p.157). Se trata de protegerse ante accidentes “que se deben a la importancia y otros a la omnipotencia” (p.157). En el primer caso, el funcionamiento automático “se paga con la ingobernabilidad” (p.157). La dificultad de gobernar los mercados financieros es el mejor ejemplo de descontrol (p.157). “El otro gran riesgo consiste en que las tecnologías se sometan exclusivamente a quienes las dirigen. (...) Pensemos en accidentes de tren que se debieron a que iba demasiado rápido” (p.158). En efecto, “la inteligencia sistémica ha configurado una serie de protocolos para que las personas no puedan hacer lo que quieren cuando están por medio artefactos especialmente peligrosos” (p.159). Un sistema inteligente es “un sistema que nos protege, no solo frente a otros, sino también frente a nosotros mismos” (p.161).

Por último, según el autor, “buena parte de los principales problemas políticos a los que se enfrentan nuestras sociedades democráticas requieren instituciones y hábitos de negociación” (p.162). Si ciertas cuestiones pueden solucionarse

votando, otras exigen “un acuerdo más amplio, esto es, una voluntad política más integradora” (p.162). Para ciertos problemas, es preciso que “las diferencias hayan sido atenuadas mediante una negociación previa” (p.162). De hecho, “la democracia es un sistema político que equilibra discusión y decisión, negociación y resolución, acuerdo y disenso” (pp.162-163). El problema es que “la creciente polarización y desconfianza que desde hace años han ido ganando terreno en nuestros sistemas políticos contribuyen a dificultar las posibilidades de negociación” (p.163). “El lenguaje del pacto, la cooperación, el compromiso y la transacción [equivale], en determinadas ocasiones y para ciertos temas, a procedimientos que permiten una mayor inclusividad democrática” (p.163). No en vano, actualmente, “el momento competitivo está eclipsando la dimensión colaborativa de la democracia” (p.164).

En la sexta parte, titulada “Lo que nos espera”, Innerarity defiende tres hipótesis acerca de opciones de futuro: 1) “el futuro es más difícil de conocer que nunca”; 2) “la razón de esta dificultad (...) tiene que ver con esa peculiar volatilidad que caracteriza el mundo en el que vivimos”; y, 3) es “un estímulo para mejorar nuestros instrumentos de anticipación y estrategia” (pp.169-170).

En general, “los políticos no saben con precisión lo que deben hacer, pero, cuando lo saben, no se arriesgan a la pérdida de poder que eso implicaría. Hay una mezcla fatal de negación de los problemas, postergación de las soluciones, falsas esperanzas, persistencia de las rutinas, vetos mutuos y cortoplacismo que termina reduciendo al mínimo su capacidad transformadora” (pp.171-172). En lugar de cambiar el mundo, “los discursos políticos apuntan más bien a salvarlo (...), cuando no a salvarse cínicamente a uno mismo en medio del general desconcierto” (p.172). En el ámbito social, existe cierta inercia colectiva que se manifiesta a través de la resistencia al cambio, la aceleración improductiva, el desorden persistente o la dinámica ingobernable (p.172). En ese sentido, el estancamiento es perfectamente compatible con el hecho de que “el sistema político sea un lugar de gran agitación y de discursos enfáticos para ponerlo todo patas arriba” (pp.172-173).

Se multiplican los simulacros de cambio, “no solamente compatibles con la falta de cambio, sino en muchas ocasiones estimuladores para no cambiar porque ya hemos conseguido algo que se le parece” (p.173). Por lo cual, “el gran problema de nuestros sistemas políticos no es la inestabilidad, sino [el hecho de que] no se realizan los cambios necesarios” (p.173). La razón estriba en que “dominan los beneficiarios del *statu quo*, que, como es lógico, no están especialmente interesados en trabajarse el llamado ‘consentimiento de los perdedores’” (p.173). En realidad, “la mayor parte de los cambios políticos ha tenido su origen en un movimiento social o en una iniciativa fuera de la vida institucional de los gobiernos y los parlamentos dedicados a legislar sobre el pasado o a reaccionar a la crisis, casi nunca a anticiparse y gobernar para el futuro” (p.174). Según el autor, es obvio reconocer que interpretar



correctamente el mundo es una buena manera de cambiarlo o, en cualquier caso, es “la condición para poder hacerlo” (p.175).

Para terminar, Innerarity constata que “el pesimista tiene más prestigio intelectual que el optimista; quien denuncia es más íntegro que quien aprueba; un diagnóstico es más profundo cuanto más negativo sea” (p.177). Ese prestigio de lo negativo resulta del contraste existente con “la banalidad de las buenas noticias” (p.177). A ese respecto, el autor estima que “el optimismo es más razonable que el pesimismo, ahora y en general. La razón más profunda para no rendirse es que “nunca podemos estar seguros de que las cosas vayan a ir necesariamente a peor y que si claudicáramos nadie nos garantiza que tal vez nos estemos perdiendo lo mejor” (p.178).

Al término de la lectura de *Política para perplejos*, que profundiza su reflexión sobre la gobernanza en las sociedades contemporáneas y las democracias complejas, es obvio reconocer la originalidad, profundidad y densidad del pensamiento del autor que no se deja resumir fácilmente. Su amplia cultura filosófica y politológica, su perfecto manejo de los conceptos y su sentido de la fórmula, que le permiten resumir una tesis en una sola frase, obligan al lector a no caer en simplificaciones. La brevedad de los capítulos y el carácter asequible de su lenguaje, asociado a un estilo fluido e incisivo, propician la lectura de la obra. No en vano, su voluntad de poner de manifiesto la complejidad de las democracias, evitar las facilidades y propiciar la moderación lo llevan, en la práctica, a promover el *statu quo* o, al menos, a la realización de cambios menores. A su vez, se echa en falta una bibliografía pormenorizada que recoja las obras a las que se refiere a lo largo del libro.

En cualquier caso, la lectura de esta obra muy estimulante de uno de los principales filósofos contemporáneos es altamente recomendable para profundizar nuestra reflexión sobre las democráticas actuales.

BIBLIOGRAFÍA

Innerarity, D. (2015): *La política en tiempos de indignación*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

Innerarity, D. (2017): *La democracia en Europa*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

Innerarity, D. (2018): *Política para perplejos*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

Mouffe, C. y Errejon, I. (2015): *Construir pueblo. Hegemonía y radicalización de la democracia*. Madrid: Icaria.